

JULIO CASTEDO

REDENCIÓN



Julio Castedo



Redención

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Julio Castedo Valls, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2015

Depósito legal: B. 17.877-2015

ISBN: 978-84-08-14465-6

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Romanyà

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

MEMORIAS DE JOHN ELLERMAN

Mi nombre es John Ellerman, aunque eso tal vez no le importe a nadie. Nunca he sabido qué relevancia puede tener un nombre, dos palabras que no se eligen y que siempre vienen impuestas, que tanto valen para denominar a un santo como a una alimaña, porque el nombre no imprime carácter, solo es una serie de letras, unos sonidos que con el tiempo adquieren cierta capacidad de evocación. Muchas niñas de las castas inferiores de la India carecen de nombre, y no por ello dejan de tener una personalidad y una biografía. Qué curiosa obsesión la de algunos individuos, queriéndolo transformar todo en palabras, como si una serie de palabras desnudas pudieran tener más valor que los hechos.

Nací hace ahora veinticuatro años en Blickersville, una finca ganadera en el condado de Kent, cerca de los húmedos pastos de Westerham. Era el hijo pequeño de una familia numerosa en la que, a pesar del ferviente deseo en contra de mi padre, todos fuimos varones, tal como habría sucedido en una maldición del Antiguo Testamento, o en una jocosos trampa del destino: cinco varones consecutivos que acabaron con la salud de su mujer y la llevaron a la tumba con el útero desgarrado.

Siempre me ha parecido muy cruel la forma en la que murió mi madre, una asquerosa burla de la naturaleza. Cada

vez que pienso en ese maldito instante, la imagino sonriendo, con la mirada perdida de los dementes, manchada de sangre pero satisfecha por haber dado al mundo una nueva vida aunque fuera al precio de la suya, muriéndose mientras mi padre se fumaba un miserable cigarrillo de liar en el porche.

Apenas tengo recuerdos emotivos de mi padre, el laborioso propietario de aquella finca cenicienta y embarrada en la que medraban los niños, los cerdos y los pavos. Él no paraba de trabajar, siempre enfundado en su mono azul y sus botas de goma, también los días festivos, por lo que nunca tuvo muchas amistades, ni rehízo su vida con otra mujer tras quedarse viudo. De hecho, no recuerdo que ninguna mujer visitara nunca nuestra casa; incluso la señora Davies, que había sido una buena amiga de mi madre y nos servía a diario un delicado pan blanco horneado por ella misma, llamaba con tres fuertes golpes en la puerta, entregaba el pan y esperaba fuera y en silencio a que cualquiera de nosotros le sacáramos el dinero, aunque soplara el viento del norte o estuviera lloviendo. Siempre me intrigó aquella actitud tan inflexible, que nunca supe juzgar si derivaba de la prudencia o del temor. La verdad es que nunca recibíamos visitas, que la casa era un reducto de sombras; jamás fue testigo de una fiesta de primavera, ni de una Navidad tumultuosa.

Mi padre presumía de no haber leído ningún libro que no fuera la Biblia, y mantenía con vehemencia la idea delirante de que todas las novelas están llenas de demonios, que en sus páginas solo habita el pecado. Eso me supuso no pocas discusiones con él, pues yo era un fabulador incansable y disfrutaba perdiéndome en los infinitos universos de la imaginación, allí donde nadie podía seguirme. De hecho, mi padre creía en la ubicuidad de Dios y del demonio,

y en que el mundo era el solar de su continua batalla y los hombres simples peones que habían de inclinarse a favor de la corte celestial o por las huestes del maligno. Era indudable de qué parte pensaba que estábamos cada uno. «¡No participéis en las obras de las tinieblas! —nos decía levantando la barbilla y poniendo los ojos como de mármol—. ¡Más bien reprendedlas!».

Él era fuerte, rudo y autoritario; alto y con los brazos largos y poderosos; con cierto olor a heces de pájaro; muy apegado a la tierra y poco dado a la fantasía y a las demostraciones de cariño. Jamás me felicitó por mis buenas calificaciones escolares, y no recuerdo que nunca me diera un beso, ni que me hiciera una caricia en el pelo; todo lo más, una brusca palmada en la espalda si había cumplido bien con alguna de las infinitas tareas de la granja. Supongo que algún día remoto mi padre también debió de ser joven y manso, alguien con dudas y con ilusiones, pero yo siempre lo había visto así, con el gesto serio, el mono azul y las botas de goma; y esa áspera imagen de él es la única que hoy perdura en mí. Lo recuerdo de pie frente al establo, muy quieto, fumando aquellos cigarrillos blandos y retorcidos, siempre en silencio, dejando que el humo trepara por su rostro y le escociera en los ojos, con la pequeña lumbre incandescente abrasando la ralladura de tabaco hasta que la sensación de calor alcanzaba sus dedos y él tiraba al suelo la colilla, casi enfadado, invadido por un parco resentimiento. Luego tomaba una amplia bocanada de aire, escupía al suelo las briznas del tabaco y se quedaba un rato mirando a su alrededor con hastío, sospecho que sin ver nada en concreto, solo añorando a mi madre. Después entraba en la casa, se lavaba las manos con jabón de aceite y un cepillo de raíces y, sin decir una palabra, ocupaba su puesto en la cabecera de la mesa y esperaba a que le sirviéramos la cena.

Antes de tocar los cubiertos, cuando ya todos estábamos sentados, mascullaba una breve bendición de los alimentos, siempre la misma, una que citaba la bondad de la tierra y el banquete del reino, bebía un largo trago de agua y con un gesto de su mano derecha nos permitía comenzar. Siempre cenábamos juntos, todos callados y mirando cada uno a su plato, porque mi padre no permitía el más mínimo comentario en la mesa, como si por romper aquel silencio reverencial pudiéramos ofender la generosidad de Dios. En la vida de mi padre, durante el tiempo que compartí con él, no hubo un solo momento de franca felicidad, ni le escuché una carcajada; a veces me parecía que ese hombre arrastraba un duelo demasiado difícil de soportar, que sus únicos propósitos en la vida eran volver a reunirse con su esposa, demostrarle respeto a Dios y marcar el camino que consideraba correcto a sus hijos. Reconozco que a veces deseaba su muerte, que soñaba con su cuerpo yerto, corroído por los gusanos, que lo imaginaba con la boca fría y seca, con el corazón mudo, pero sé también que en el fondo de mi alma no lo odiaba. Creo que lo quería muerto porque pensaba que solo entonces podría salir de la torre.

Porque todas las tardes, nada más cenar y antes de que anoheciera, lo hicieron con una precisión extraña a partir de los doce años de edad, mi padre y alguno de mis hermanos mayores me encerraban en la habitación más alta de la torre y me obligaban a dormir allí solo, en un camastro, mientras el resto de la familia lo hacía abajo, todos juntos y cerca del hogar. Jamás me dieron una explicación de por qué se comportaban así, por qué me excluían y me encerraban como si yo fuera una bestia. Llegué a intuir que me culpaban por la desgraciada muerte de mi madre durante el parto, que me rechazaban porque mi presencia en la

casa era un continuo recordatorio de su pérdida. No les culpo por haberlo pensado, pues, según decían todos, la adornaban las mejores virtudes de una madre cristiana y era un ser humano admirable. ¡Cuánto me habría gustado conocerla! Es cierto que murió por mi culpa, pero yo no había pedido venir a este asqueroso mundo, al que llegué produciendo tanto dolor. Sé que con su presencia mi vida habría sido muy distinta, que ella no habría permitido que encerraran a su hijo pequeño en la torre. Ojalá yo no hubiese nacido y ella aún estuviera viva. Ojalá mi padre no hubiese puesto nunca encima de mi madre sus sucias manos de porquero.

Entonces no podía comprender que mis propios familiares fueran capaces de tanta mezquindad con un niño, pero ahora ya no me importa. Durante mucho tiempo sufrí al oír en la distancia sus risas fatuas y sus conversaciones desencajadas trepando por el hueco de la escalera, incluso sus peleas, porque siempre había alguna pelea absurda con la que estropear cualquier atisbo de tranquilidad; pero, con el paso de los años, las conversaciones banales de mi padre y mis cuatro hermanos, con su azorada jerga de pueblerinos, terminaron por resultarme indiferentes. El tiempo, que nunca atiende las impacencias de los hombres, me hizo olvidar el sabor del miedo, y el de la decepción, como si ya estuviera saciado de contrariedades.

Ted, mi hermano mayor, es una burda réplica de mi padre; un individuo primario como él, obediente y trabajador, pero sin su recia personalidad. Siempre iba de un lado a otro con una pala en la mano, como si estuviera buscando algún montón de mierda que retirar. Tenía la cara alargada y huesuda, unas arrugas profundas en la frente que le hacían parecer mayor, los ojos muy separados, ligeramente estrábicos, y una nariz ancha salpicada de espinillas que él

se arrancaba sin ningún cuidado con las uñas, dejando en la piel unos pequeños cráteres rojizos que siempre se le infectaban. Le faltaban dos dientes incisivos porque los había perdido en una pelea, y su ausencia le confería un aspecto de majadero extraviado que se correspondía muy bien con su rústica forma de ser. Era él, las más de las veces, quien ayudaba a mi padre en las tareas más duras de la granja, y también quien lo hacía a la hora de infligirme un castigo o de encerrarme en la torre. Aún recuerdo con amargura su risa estentórea cuando lo hacía, y la fuerza de tenaza de sus manos. Mi padre y Ted me cogían por las axilas, uno por cada lado, y me subían a la torre sin que mis pies tocaran los peldaños, indiferentes a mis súplicas.

David y Sam son gemelos. Había tal complicidad entre ellos que era muy difícil que se abriera una fisura en su relación. Vivían en un mundo hermético, de refuerzo mutuo, bajo una coraza de chistes privados y comentarios irónicos que solo ellos parecían comprender. Siempre me resultó extraña esa unión insobornable entre ambos, como si fueran dos apéndices de un mismo trozo de carne; a mí no me habría gustado que hubiese otra persona con el mismo rostro que yo, con las mismas expresiones, con el mismo pelo, una copia de mí mismo que pudiera hacerse pasar por mí y quién sabe si adivinar mis pensamientos. Ellos hablaban de mujeres y de fútbol con su voz destemplada y, en su aparente autoridad, menospreciaban a las chicas por el mero hecho de serlo e insultaban a los seguidores de otros equipos como si ellos tuvieran el privilegio exclusivo de pertenecer a una casta superior. A veces se escapaban por las noches, supongo que para emborracharse, y después volvían de madrugada, hasta una noche de verano en que no lo hicieron y su ausencia nos llenó de paz. Eran pelirrojos, buenos en los deportes, en especial jugando al fútbol, ágiles, violentos

y muy inquietos. No conocían el miedo ni la cordura, y la ausencia de esas dos cualidades los convertía en seres indomables. Eran más inteligentes que nuestro hermano Ted, al que manipulaban a su antojo, y también mucho más egoístas. Había en ellos una desagradable indiferencia por el sufrimiento ajeno, una forma de crueldad sin emociones que me producía repugnancia. De hecho, David nunca hablaba conmigo, era evidente que me odiaba, pero nunca supe por qué. Tengo sentimientos ambiguos cuando los recuerdo, en realidad creo que nunca los quise, y que ellos tampoco me quisieron a mí. En esa incómoda simetría aprendí que los desafectos siempre son mutuos; que de alguna forma las miradas entre quienes se rechazan terminan ensuciándose, y el otro, quien recibe las miradas, suele ser capaz de distinguir esa mugre en nuestros ojos.

Mi cuarto hermano se llama William. Sin duda es el mejor de todos ellos, el único digno de algún elogio y el único con el que tuve una relación cercana. Esa excepción me ha hecho pensar que la anécdota de haber nacido en la misma familia no es capaz por sí sola de generar un cariño perdurable, que es necesario algo más, una afinidad natural que resulta casi imposible de forzar. No es obligatorio querer a un hermano, ni a un padre, ni siquiera a un hijo, aunque nos cause una profunda vergüenza reconocerlo. William solo me lleva diez meses y medio, tal vez la proximidad entre los dos embarazos esté detrás de la muerte de nuestra madre, y hay cierto parecido físico entre nosotros, los dos somos altos y morenos, anchos de espaldas, pálidos de piel, con la nariz recta y las palmas de las manos cuadradas; a veces medíamos nuestras manos poniendo una enfrentada a la otra, y nos agradaba comprobar que todos los dedos tenían la misma longitud y que las palmas coincidían al milímetro, que parecían exactas. Nunca se prestó a ayudar a

mi padre a encerrarme en la torre, siempre encontraba alguna excusa para no hacerlo, incluso subía algunas noches a escondidas y hablaba conmigo a través de la puerta a pesar de que lo tenía prohibido. Ted estaba todo el tiempo trabajando con mi padre, los gemelos parecían miembros de un club privado y William y yo, siendo además los menores, nos vimos obligados a fundar a medias una sociedad de excluidos; bajábamos a pescar al río y a coger nidos; montábamos en bicicleta, jugábamos al balón vociferando el nombre de nuestros futbolistas favoritos, como si entre los dos pudiéramos formar un equipo completo; nos dejábamos caer rodando por las laderas de los prados, íbamos a la autopista... A veces echo de menos al bueno de William, con su tartamudeo nervioso y aquel tic que le hacía girar fugazmente la cabeza; dejó muy pronto el colegio, no tenía facilidad para el estudio y su fracaso escolar lo avergonzaba, se sentía impotente para memorizar cualquier texto, ni siquiera consiguió aprenderse la tabla de multiplicar, pero era un genio desmontando y arreglando motores, había un talento innato en él para comprender la lógica interna de las máquinas; sentí mucho tener que dejarlo allí, pero William era muy simple, un temperamento blanco, carecía de iniciativa, y con el tiempo se habría convertido en un estorbo.

Teníamos un perro pequeño, un superviviente sin nombre mezcla de cien razas; era listo, despierto, alegre, del color de la arcilla húmeda, nos seguía a todas partes y sentía una devoción singular por William: cuando estábamos todos, el perro buscaba su cobijo y siempre recibía a cambio una caricia; tal vez los perros detecten quién es el débil en una manada, quién necesita una atención especial. Aquel perro ágil y de pelo largo correteaba entre nuestras piernas sin tropezarse nunca, y era capaz de hacer inflexiones en el

tono de sus ladridos como si estuviera a punto de hablar. Incluso a veces llegamos a pensar que podía entendernos y lo desafiábamos haciéndole preguntas; él nos miraba entonces inclinando la cabeza, como si estuviera a punto de contestar. Confiaba en nosotros, nos amaba, intentaba protegernos y nos alertaba de la presencia de cualquier intruso. Un día los gemelos lo colgaron de un cable y lo apalearon únicamente para divertirse. Lo ataron por una pata trasera y lo mantuvieron a cuatro palmos del suelo, en medio del cobertizo. William y yo intentamos impedirlo, pero Ted nos retuvo y nos obligó a presenciar aquel espectáculo inmundo. El perro gemía, nos miraba con pánico, como si pudiera sacar los ojos de sus órbitas, aullaba con cada golpe, parecía gritar, llegó a orinarse de miedo, y después de un sufrimiento terrible dejó de respirar sin intuir el porqué de aquel castigo. Cuando terminaron su juego macabro, lo dejaron ahí, suspendido del cable, roto, mudo, balanceándose sobre el charco de orina, con la lengua colgando fuera de la boca, como una triste alegoría de la muerte. William lo miraba sin comprender, y le seguía hablando como si el pobre animal pudiera escucharlo. Yo lo descolgué con cuidado y le ayudé a enterrarlo detrás de la casa. William no volvió a querer tener otro perro, ni siquiera volvió a hablar de él, pero tampoco les hizo nunca a los gemelos ningún reproche.

Esa forma de ser de William, su inquebrantable fidelidad al grupo, a veces conseguía irritarme. Siempre parecía estar orgulloso de pertenecer a nuestra familia, como si los Ellerman formáramos algún tipo de unidad más allá de una aburrida convivencia obligatoria, o si acaso pudiéramos presumir de algo que no fuera mediocre. Es muy probable que su completa falta de autoestima le hiciera ser un gregario, necesitar un grupo al que pertenecer; que en su

menguada concepción de nuestras vidas entendiera que en el fondo, y a pesar de nuestras diferencias, nos queríamos los unos a los otros. Yo intentaba provocarlo, intentaba hacerle ver que no tenía por qué soportar la miserable tiranía de nuestros hermanos mayores, que ellos no habían nacido con el derecho de clavarle agujas en los muslos, ni de obligarle a hacerles favores, ni de pegarle golpes en la cabeza cada vez que les viniera en gana, que no podían hacernos sufrir ni someternos a sus órdenes solo porque hubieran venido al mundo antes que nosotros, pero William siempre los disculpaba, siempre encontraba alguna excusa que hacía parecer su comportamiento poco reflexivo, o como mucho imprudente, pero nunca maléfico. Tal vez con los ojos de William no era posible ver aquella maldad que a mí me parecía tan evidente, o quizá sea cierto que hay personas tan puras de corazón que no son capaces de asimilar que a su lado también habita lo perverso.

En la torre aprendí a convivir con el silencio, a cortarme con su filo invisible sin sentir dolor, a asumir que no se pueden esperar milagros de la nada. Pasé muchas horas tumbado en aquel camastro, sumido en ese tipo de oscuridad completa que solo es posible en algunas noches del campo. A veces me parecía que esa oscuridad se movía, que las tinieblas formaban grandes masas informes y se desplazaban muy despacio de izquierda a derecha por encima de mi cabeza, y luego de derecha a izquierda, y que yo podía seguirlas con la mirada durante un instante; luego esas masas se disipaban, regresaban a su punto de partida, la oscuridad se hacía absoluta y el juego podía volver a empezar. En otras ocasiones me apretaba los ojos con fuerza, y veía entonces pequeñas luces de colores formando figuras y expandiéndose como si fueran galaxias: eran rojas, verdes, azules, incluso amarillas, surgían de la negrura, brillaban

fugazmente, fluían en el espacio y luego se desvanecían; un día leí que aquel entretenimiento, en apariencia tan inocente, podía llegar a producir algún tipo de ceguera, que podía dar lugar a un desprendimiento de la retina, y dejé de hacerlo. También me masturbaba, como todos los jóvenes de mi edad, al principio con cierto sentimiento de culpa, como si tuviera que avergonzarme de las urgencias de mi fisiología, luego como un entretenimiento, y al final como una simple rutina que me ayudaba a dormir. Allí leí todos los viejos libros que antes habían sido de mi madre y que mi padre condenó al exilio: las novelas de Flaubert y Balzac, las de Julio Verne y Robert Louis Stevenson, el teatro inglés, los poetas malditos, *El conde de Montecristo*, *Moby Dick*, *Cumbres borrascosas*, *Crimen y castigo*, *Los miserables*, *El Quijote...* Hasta que terminé con toda su biblioteca y sentí un deseo imperioso de dejar de bucear entre los sueños de otros y de conocer el sabor de mi propia vida. Por fortuna, nada más cumplir los diecisiete años conseguí salir de la granja. No fue fácil. Nunca es fácil abrirse un camino propio. Hay quien viene al mundo con el futuro regalado, pero al resto nos toca luchar, y caer, y levantarnos, y volver a luchar. Lo planeé con antelación, y reuní durante mucho tiempo las fuerzas necesarias para explicarle a mi padre que no quería vivir dando de comer a los cerdos, que deseaba estudiar una carrera universitaria y leer todos esos libros que a él tanto le repugnaban, labrarme un futuro distinto al de mis hermanos. Mi determinación era absoluta; incluso antes de bajar para hablar con él ya había recogido mis escasas pertenencias y las había guardado en una pequeña mochila. No me importaba el resultado de aquella conversación, porque, con independencia de sus argumentos, ese sería mi último día en la granja. A él no le gustó la idea y opuso cierta resistencia, a ningún padre le gusta ver

marchar a su hijo, sentir que se rebela contra el camino que él mismo le ha marcado, contra lo que ha sido la realidad de su propia vida, pero al final conseguí convencerlo. En cualquier caso, él siempre me había considerado un joven díscolo y, dejándome ir, también se libraba de una presencia renuente y muy poco productiva. Después de un silencio de plomo, el viejo entró cabizbajo en su habitación, regresó, me miró fijamente con aquellos ojos azules que parecían de cristal, me dio algunas libras que tenía guardadas a buen recaudo y permitió por fin con un gruñido que me fuera a estudiar a Londres.

Al día siguiente, ya lejos de la casa, mientras la mañana me acariciaba con su aliento frío, cuando ya me consideraba libre, dudé, y sentí con una intensidad hiriente la tentación de mirar atrás; pensé que William aún estaría dormido, que todavía me encontraba a tiempo de regresar y evitar su decepción. Cuando detuve mis pasos ya estaba llegando a la carretera general, muy cerca de la gasolinera, y desde allí era imposible ver la granja. No obstante, miré en aquella dirección, hacia donde presumía que se encontraba William, como si mis ojos pudieran seguir un itinerario secreto, salvar los robles y los olmos y las desordenadas madejas de helechos, atravesar las paredes de la casa, entrar en su cuarto y vislumbrar el rostro dormido de mi hermano. No me costó imaginarlo, pues lo había visto dormir muchas veces: inerte, desvalido, blando, desprovisto de su jovialidad pero no de su inefable pureza. «Perdóname —le susurré cerca del oído—. Perdóname, por favor». Di la vuelta y seguí caminando con la ambigua sensación de que alguien había puesto el reloj de mi vida a cero, solo el mío, y que un futuro nuevo regía ya únicamente para mí mientras las miserias del pasado de los Ellerman se quedaban allí, en la granja, y entre las profundas sombras del bosque, pudriéndose.

Me senté en el suelo junto al surtidor de diésel. Desde allí podía ver la carretera vacía a un lado, y al otro, junto a la caseta, la mirada suspicaz del encargado, un irlandés famélico y sin rasurar que jamás sacaba las manos de los bolsillos, que mantenía una extraña postura desafiante inclinando el tronco hacia atrás y que fingía estar preocupado por mis movimientos; ese hombre me conocía bien, porque había ido a repostar combustible con mi padre muchas veces a esa gasolinera, pero era tan distante y tan poco afectivo que ni siquiera se acercó a saludarme, o a preguntarme qué era lo que hacía yo allí solo tan temprano, se limitó a observarme con la misma grosera suspicacia con la que habría observado a un vagabundo que jamás hubiera pasado antes por allí. Nunca me han gustado las personas así, los que desconfían de todo, los que aparentan ser fríos para no demostrar sus debilidades, los que tienen el hábito de sospechar en los demás una culpa. Esperé algo menos de media hora bajo la atenta mirada de aquel idiota y pregunté si me podía llevar a Londres al primer camionero que paró a repostar. Un tipo calvo y grueso que venía de descargar ovejas en la feria de ganado de Westerham, una montaña de músculos tatuados que parecía haber nacido con una incapacidad congénita para sonreír, me hizo un breve gesto con la cabeza para que subiera, y después me llevó hasta un barrio periférico de la ciudad sin hacer preguntas absurdas ni juicios de valor. En la cabina de ese enorme camión, sentado junto a ese hombre silencioso e inexpresivo que transmitía la envidiable sensación de ser el único dueño de su destino, mientras la carretera se deslizaba bajo nuestros pies, por primera vez en mi vida sentí que un adulto respetaba mis decisiones. No me habría importado que aquel viaje hubiese durado mucho más de una hora, que ese camión me hubiese llevado al otro extremo del mundo.

Una vez en las afueras de Londres, entré en una estación de metro para poder llegar al centro. Uno de mis profesores me había apuntado en un trozo de papel el nombre y la dirección de una humilde pensión para estudiantes. Un sitio barato en el que podría hospedarme hasta tener algún dinero. Busqué el nombre de la calle en el enorme mapa de la ciudad que había junto a las taquillas de la estación y al cabo de cinco minutos la encontré sin preguntar a nadie. Eso me gustó, no tener que pedir ayuda, empezar a defenderme solo en aquel pandemónium. Bajé todas aquellas escaleras mecánicas que parecían buscar el centro de la Tierra, atravesé el dédalo de túneles y me resultó fascinante que existiera ese mundo subterráneo surcado por pasadizos y con centenares de personas que los atravesaban en masa, de prisa y en silencio, con la resuelta determinación de las hormigas; era igual que si hubiera dos ciudades asimétricas, una encima de la otra. Me senté en un banco del andén y vi pasar varios trenes sin coger ninguno, me gustaba observar cómo llegaba el convoy y la máquina empujaba el aire del túnel y silbaba y se detenía siempre al límite de la estación, cómo abría sus puertas, todas a la vez, y cómo de repente vomitaba un sinfín de individuos desconocidos para mí, la mitad de los cuales eran mujeres: unas jóvenes, otras mayores, hermosas, anodinas, gruesas, delgadas, insolentes, discretas, mujeres de todas las condiciones y de todas las razas, algunas cruzaban la mirada conmigo, otras pasaban a mi lado como si yo no existiera; vi más mujeres en ese rato sentado en el banco del andén que las que había visto en el resto de mi vida. Pensé que tal vez solo por eso ya merecía la pena haber viajado hasta Londres.

Es ahí donde comienza la parte de mi historia que quizá pueda interesarles, porque no estoy aquí para hablar de mi estúpida familia, no creo que lo merezcan, ni de una adoles-

cencia sin afectos que ahora prefiero olvidar; estoy aquí para hablar de lo único que ha valido la pena en mi vida: de todas aquellas mujeres que alguna vez me confesaron sus deseos y sus miedos. Sería absurdo negar que el sexo y la muerte han marcado mi juventud y han apartado de mí cualquier otra consideración, como si la plenitud de vida y su pérdida estuvieran iluminadas por la misma luz demoníaca, y como si en las sombras que arrojan pudieran confundirse la silueta de un cuerpo femenino y la de un monstruo.

Porque las mujeres son el centro de la creación, sin ellas el mundo sería un lugar inhóspito. Tan inhóspito como el agujero en el que yo crecí. He intentado acercarme a las mujeres y comprenderlas, he demandado su ternura y me he rendido a su belleza, y he sabido gracias a ellas que hay otro punto de vista, siempre más humano, cuando quien mira es una mujer. Es cierto que en el origen de esa pulsión está la ausencia de mi madre, y que tal vez haya intentado encontrar en todas aquellas mujeres una esencia común, algo intangible con lo que mi madre se hiciera universal y yo pudiera reconocerla, y que esa búsqueda, a veces desesperada, ha podido ser excesiva; en cualquier caso, no me arrepiento de ello, pues mi infancia y mi primera juventud transcurrieron en un mundo desolado, un mundo rudo y sin alternativas en el que apenas se podía sentir la presencia de alguna mujer: Westerham era un pueblo de hombres.

¿Han oído hablar de la maldición de Imara? Apuesto a que no, pero todos en los alrededores de Westerham la conocen bien. Imara era una extranjera de apenas veinte años que había llegado al pueblo con su familia después de la Segunda Guerra Mundial, en los cincuenta, dicen que vinieron exiliados desde Hungría; era una mujer hermosa pero inaccesible, una de esas bellezas hirientes a las que tan difícil resulta sostenerles la mirada. Hay quien nace con el

don de la locuacidad, o con el de la simpatía, o con el menos frecuente de la inteligencia, pero Imara tenía el extraño talento de mostrar a cada hombre aquella parte esencial de la feminidad que él quería ver, y escondía con una habilidad prodigiosa cualquier matiz que pudiera estropear esa percepción idealizada. Imara, sin tener ningún propósito, enamoró a todos los hombres del pueblo con independencia de su edad: a los solteros, a los casados, a los adolescentes y a los que ya creían haber perdido el interés por la seducción. Tuvo muchos pretendientes, pero no se entregó a ninguno. No hubo nadie que pudiera presumir de haberla besado, ni siquiera de haber tenido una cita a solas con ella. A pesar de eso, un día apareció muerta en un descampado. No había sido violada, la ropa estaba intacta, no tenía signos de lucha o rastros de semen; la habían golpeado brutalmente en la cara y en la cabeza con una piedra, porque quien lo hizo no solo perseguía matarla, sino también borrar para siempre el adorno de su recuerdo. Todos sospecharon que la había asesinado alguna mujer celosa, pero el caso no llegó a resolverse, en parte, porque entre las familias del pueblo no hubo un auténtico deseo de que se supiera la verdad. Muchas mujeres sintieron un vergonzoso alivio con su muerte, y ninguna colaboró con la policía. Su familia la enterró a los pies de un fresno y cambió de residencia. Antes de irse, su padre se acercó a la plaza del pueblo y, en medio de un gentío mudo y acobardado, gritó unas destempladas frases en magiar que nadie comprendió, pero que todos supusieron que formaban parte de una maldición, porque, desde ese día, ninguna de las mujeres que vivían entonces en Westerham dio a luz una hija.

SISTEMA DE ECUACIONES

También en ese camino hay barro. Como en todos desde que dejó Westerham. Un barro espeso y negruzco que parece mezclado con alquitrán y en el que el coche patina y se hace ingobernable. Más adelante se divisa un cartel, pero Paul no distingue las letras. Decididamente, es un camino para carros y tractores, no para coches. A través del parabrisas puede ver extensos prados cercados con alambradas y algún cobertizo con techo de uralita, pero ni rastro de la granja. No sabe si bajar del coche y seguir andando, pero tampoco quiere echar pie en ese suelo blando para ensuciarse los zapatos y los bajos de los pantalones. Paul da mucha importancia a la higiene, se lava las manos veinte veces al día, y nunca comparte con nadie un cubierto, un vaso o una botella; casi puede ver las infectas colonias de gérmenes medrar en los sucios picaportes de las puertas y en los teclados de los ordenadores, y siempre tiene que hacer un esfuerzo de concentración para tocarlos sin que lo venza la repugnancia.

Sigue derrapando un centenar de metros, a uno y otro lado del camino, hasta que las ruedas motrices comienzan a girar y a escupir barro a lo alto sin que el coche se mueva de su sitio. Insiste varias veces, gira el volante para conseguir un ángulo favorable, pero es inútil. Apaga el motor,

abre la puerta del viejo Rover y busca en el suelo un lugar más o menos seco donde poner el pie. Sale del coche con dificultad, no puede evitar mancharse los zapatos, hasta ese momento pulcros como dos espejos, cierra la puerta con llave y se acerca con pasos inseguros hasta el cartel oxidado en el que intuye la palabra que tanto ha estado buscando: Blickersville.

Mira al cielo, que muestra un inmenso y severo gris plomizo, y piensa que tal vez no tarde en empezar a llover. Ha dejado su paraguas en el coche, pero no quiere desandar esa parte del camino. Se levanta las solapas de la gabardina, mete las manos en los bolsillos y comienza a avanzar por el sendero que sale a su derecha, detrás del cartel oxidado. Los pies se le hunden una y otra vez en el barro, en más de una ocasión está a punto de perder los zapatos, y tiene salpicaduras hasta la altura de las rodillas, pero no se detiene. El sendero serpentea entre algunos árboles escuálidos, sin hojas por los primeros fríos de diciembre, pasa junto a un alambre de espino roto que mucho tiempo atrás debió de formar parte de un extenso cerramiento, y después de media milla que a Paul se le antoja interminable, muere en una explanada desde la que puede ver una gran casa de labor, una edificación de ladrillo oscuro con un pequeño porche, triste, desigual, gastada por el tiempo, que está coronada por una torre; un destartado cobertizo de madera que necesita algo más que una mano de pintura y, más lejos, unos extraños depósitos cilíndricos de metal de varios tamaños y un molino de viento corroído por la intemperie que gira produciendo un ruido rítmico, pero sin un propósito evidente.

No hay ninguna señal que le haga sospechar que la granja está habitada; de hecho, su primera impresión es de abandono. No sale humo de la chimenea, ni hay huellas de

pisadas recientes. Todavía es pronto para que alguien hubiese encendido una luz, pero tampoco habría sido extraño en un día tan oscuro. Paul se acerca hasta la puerta, sube los cuatro peldaños del porche y por un momento siente alivio por abandonar el barro. Mira a través de la vidriera esmerilada que hay en el lateral de la puerta, pero no consigue ver nada del interior aparte de un perchero desnudo y una vieja alacena; todo en ese lugar es pretérito e inquietante. Pulsa el timbre, un anticuado modelo de plástico redondo con muelle que no funciona. Vuelve la cabeza y mira a su alrededor. Sigue sin haber nadie y el silencio se tensa y se hace cada vez más incómodo. Ni siquiera ladra algún perro, y le parece muy raro que en este tipo de fincas no haya un par de perros vivaces y llenos de pulgas que ejerzan de vigilantes. Es como si el tiempo se hubiera detenido en esa parte del mundo, un reducto de callada desolación que podría estar en los confines de la tierra, pero que se encuentra apenas a una hora en coche de Londres. Solo rompe el silencio el chirrido esporádico y monocorde que produce el giro de las aspas del molino. Paul da tres fuertes golpes en la puerta con los nudillos y espera. No hay respuesta. Vuelve a dar otros tres golpes, algo más fuertes.

—¿Quién es usted? —escucha a su izquierda.

Paul se gira y ve a un granjero salir de detrás del cobertizo, un hombre sucio y desarrapado, menor de treinta años pero ya envejecido, con las manos manchadas de grasa, que viste un mono de mecánico, lleva un gorro de lana calado hasta las cejas y una escopeta de dos cañones abierta que deja descansar sobre el brazo derecho.

—Hola, buenas tardes. Me llamo Paul Lancaster. Querría hablar con John Ellerman.

—¿Y qué demonios le quiere decir usted a John Ellerman?

—Soy abogado, trabajo para una compañía de seguros, Mortimer, no sé si ha oído hablar de ella...

Paul mete la mano en el bolsillo interior de la gabardina y saca una tarjeta de visita; se la ofrece al granjero, pero este no solo no hace ninguna intención de cogerla, sino que tampoco la mira.

—John Ellerman figura como beneficiario de un seguro de vida que gestiona mi compañía, y el servicio postal me ha devuelto todas las cartas certificadas que desde hace tres meses he estado enviando a esta dirección a su nombre...

—No me interesa lo que hace usted ni dónde trabaja. Y no va a encontrar aquí a mi hermano John, hace doce o trece años que no nos vemos.

—De forma que es usted uno de los hermanos de John. Encantado. Su nombre es...

—William. William Ellerman.

William habla sin mirar a los ojos a Paul. Tiene un tic nervioso que le hace girar la cabeza hacia la derecha, son movimientos rápidos, que William corrige con cierto apuro. Cuando el tic coincide con alguna palabra de más de dos sílabas, se atasca y tartamudea. Paul no se siente cómodo hablando en mitad de ningún sitio con un paleta tartamudo y nervioso que además lleva una escopeta, pero está decidido a sacarle alguna información.

—El hermano pequeño. ¿Me equivoco?

—Sí, se equivoca. Todo el mundo se equivoca con eso. Siempre se creen que yo soy el pequeño. No sé por qué todos tienen que cometer el mismo error. Ted nació el primero, luego van los gemelos, David y Sam, luego yo y luego John. John es el hermano pequeño.

—¿Y usted podría decirme dónde vive ahora su hermano John?

—Maldito sea mi hermano John, no lo sé, su... supongo que estará en Londres.

—¿No tiene una dirección de allí? ¿No ha recibido nunca una carta suya, o una felicitación navideña?

William demora la respuesta.

—John no es de los que felicitan la Navidad.

—A lo mejor sabe usted de algún conocido común, o un familiar al que él haya podido visitar allí.

—No conozco a nadie en Londres —dice William escupiendo al suelo—. ¿Por qué insiste usted tanto?

—No es por nada malo, desde luego. Hay una buena cantidad de dinero esperándolo.

—¿Mucho dinero?

—Más de lo que gana un oficinista como yo en cinco años de trabajo.

—¿Y cuánto es eso? No sé cuánto gana un oficinista.

—Solo puedo decirle la cantidad al interesado.

—Deme a mí el dinero y yo se lo guardaré hasta que vuelva. Aquí estará seguro.

—Eso es imposible, William, el dinero está depositado en un banco a su nombre, él es el único que puede cobrarlo. Tiene que firmar él mismo los documentos que traigo y presentarse después con los papeles en regla en una sucursal bancaria concreta. Además existe un plazo límite para hacerlo. Por eso tengo tanto interés en encontrarlo.

—Es una pena. Yo podría pagar con ese dinero algunas deudas... Y fíjese cómo está el cobertizo. Habría que cambiar buena parte del techo, está lleno de agujeros, y pintarlo de arriba abajo. Desde que falta mi padre la granja es una ruina.

—Bueno, si encontramos a su hermano, él podría ayudarlo con esas deudas... Esta granja, ¿es solo suya o también de sus hermanos?

—Oiga, no... no me gusta la gente como usted que quiere saberlo todo, que va por ahí sa... sacando información. ¿Me va a cobrar por contestar a sus preguntas?

—Por supuesto que no, solo quiero ayudarle.

—¿Ayudarme? ¿Por qué me iba a ayudar un desconocido? No conozco a nadie que te ayude a cambio de nada.

—Es mi trabajo, señor Ellerman. Ayudándoles a usted y a su hermano John, cumplo con el encargo que me ha hecho mi empresa. Ya sabe, es como me gano mi salario de oficinista.

—Qué encargo más raro... No sé si fiarme de usted, aunque no creo que pierda nada por decirle lo que saben todos en el pueblo: la propiedad es de mis hermanos y mía, a partes iguales.

—Entonces John tendría que asumir su parte proporcional de gastos. Una cuarta parte, en este caso. De hecho, desde un punto de vista legal, usted ha estado asumiendo también su parte de deuda, y por lo tanto podría reclamársela. Primero, mediante un acuerdo amistoso, por supuesto, así debe ser siempre entre hermanos, pero, si se niega, puede hacerlo judicialmente.

—¿Me está diciendo que denuncie a mi hermano?

—No, por favor, eso sería en último caso. Lo deseable es llegar antes a un acuerdo.

—Me dejó aquí.

—¿Cómo?

—El cabrón de mi hermano John me dejó aquí cuando se fue a Londres. En esta mierda de sitio.

William mira a su alrededor con un amargo desprecio, y luego lo hace hacia el sendero, como si John estuviera marchándose ahora mismo y él pudiera verlo. Está tenso, tiene apretados los puños, y puede adivinarse cierta rigidez debajo de su mono de mecánico.

—¿Por qué no se fue usted con su hermano?

—No... no me avisó.

—Londres está a menos de una hora en coche, pudo haberlo seguido.

—¡Usted no conoce a John! Si... si mi hermano hubiese querido que lo acompañara, me lo habría dicho, y yo lo habría seguido hasta el mismísimo infierno. ¡Hasta el mismísimo infierno! Ya lo creo que lo habría hecho. Y él lo sabía. Pero se marchó sin decirme nada. Maldita sea. Maldita sea. ¡Váyase! Te... tengo cosas que hacer.

Paul detecta la incomodidad de William, que sufre el tic nervioso con mayor frecuencia, y no quiere ahondar en su resentimiento. Hace un gesto de saludo y regresa al sendero por el que ha llegado. Cuando está a punto de dejar la explanada, escucha la voz de William a su espalda:

—¡Eh! ¡Usted! ¡Abogado!

Paul se detiene y se vuelve separando los brazos para no perder el equilibrio.

—Sí. Dígame.

—Si ve a mi hermano John, dígame de mi parte que se joda. Que se joda cien veces. Y que no se le ocurra aparecer por aquí.

Paul asiente como si de verdad fuese a cumplir ese encargo, se despide de William agitando una mano y comienza a caminar por el barro con la misma lenta torpeza, hundiéndose hasta los tobillos en aquel fango negruzco, frío y pegajoso. En ese momento empieza a llover con fuerza, y las oquedades del barro que han formado sus pisadas se transforman en pequeños charcos de agua turbia.

Una vez dentro del coche, arranca el motor y comprueba que las ruedas no avanzan, que giran locas sobre su eje y, al hacerlo, solo consiguen profundizar en el socavón que ellas mismas están formando. Paul sale y comprende que le

va a ser muy difícil escapar de esa viscosa trampa de fango. Y apenas quedan un par de horas de luz. Descarta volver a la granja y pedir ayuda a ese tipo huraño, hay algo en él que lo hace imprevisible. Y el pueblo está demasiado lejos para ir andando. Vuelve a entrar en el coche. Está empapado por la lluvia, que arrecia inmisericorde como si pretendiera anegarlo todo, y el barro ya no deja ver el color negro de sus zapatos ni el verde oscuro de sus calcetines de lana. Ahora todo es de un marrón casi biológico. Está nervioso. No le gusta ensuciarse, no le gusta salir de su pulcra rutina de higiene diaria. Este fatal imprevisto está desbaratando sus planes. Ya no podrá pasar por la sala de té donde a diario saca su agenda forrada de piel de serpiente y recapitula sus averiguaciones mientras se reconforta con un *earl grey*. Ya no podrá ver en la televisión de su cuarto de estar el programa de clásicos en blanco y negro que sigue los martes por la noche. Hoy se perderá *Retorno al pasado*, de Jacques Tourneur, una obra maestra que ha visto docenas de veces, pero cuyos dramáticos contrastes de luz ejercen sobre él una atracción hipnótica. Está llenando de barro las alfombrillas del coche, que él lleva siempre impecables. Mañana tendrá que ir al lavadero de automóviles del centro comercial, soportar la cola y gastarse cuatro libras y media para dejarlo limpio otra vez.

«Las alfombrillas —piensa—. Esa es la solución».

Paul saca del coche las alfombrillas y coloca una delante de cada una de las ruedas motrices, hundiéndolas bien para que la goma del neumático las toque nada más empezar a girar. Cuando entra en el interior del vehículo, se ve obligado a manchar de barro la moqueta del piso, y el volante, y la palanca de cambios, incluso hay algunos pegotes blandos que han alcanzado los cristales y el salpicadero, todo parece sucumbir sin remedio a la impertinente inva-

sión del lodo. Gira la llave de contacto, pisa el embrague, mete la primera velocidad y comienza a acelerar; al soltar el embrague siente con alivio cómo las ruedas muerden la superficie de las alfombrillas y avanzan sobre ellas, sacando al viejo Rover de su trampa. No se atreve a parar, no lo hará hasta llegar a Westerham, no quiere volver a atascarse y deja allí las alfombrillas, cerca del oscuro cartel de Blickersville, enterradas en el fango.

Hasta hace ocho o diez años, la señora Davies hacía el pan en su propio horno de leña; usaba cuatro partes de harina de trigo y una de cebada, y por supuesto levadura natural, que dejaba reposar en agua tibia hasta que empezaban a aparecer esas pequeñas burbujas que delatan el mejor momento para incorporarla a la mezcla, luego lo amasaba todo junto y lo dejaba fermentar, al menos una hora y media, y volvía a amasar y a fermentar, y mientras lo horneaba, siempre ponía dentro del horno un puchero con agua para que con el calor no se perdiera toda la humedad. Era así como conseguía un pan tierno y esponjoso que vendía muy bien en toda la comarca. Y así fue hasta que llegaron las panificadoras industriales, que la obligaron a trabajar más deprisa, a abaratar los costes y a cambiar su horno de leña por uno eléctrico. Ahora es solo una panadera más, la más vieja de Westerham; conserva a algunos de sus antiguos clientes, pero apenas gana dinero para sobrevivir.

Nadie sabe su edad, sin duda serán más de setenta, quizá ya haya cumplido los ochenta; en cualquier caso tiene esa edad en la que ya se es un viejo y la naturaleza ha abandonado el cuerpo a su suerte. Desde hace mucho tiempo vive sola, no tiene hijos, y su esposo murió veinte años atrás en un accidente de tráfico, unos dicen que se quedó dormi-

do al volante, otros que estaba borracho, pero lo cierto es que ese fatídico lunes de Pascua el bueno de Phil Davies no volvió de Maidstone, que se salió de la carretera. Es men- guada de estatura y delgada, enclenque como una niña ner- viosa, aunque ya sea muy difícil adivinar qué tipo de niña fue esta anciana de ánimo desamparado y frases directas, qué niña vivió dentro de su piel cuando su piel era lisa y hermo- sa y atrapaba las miradas, quién puso a prueba esos mismos huesos cansados y ese corazón que ahora late de forma irre- gular y se ha vuelto tan imprevisible. La belleza se ha fuga- do de su rostro sin dejar ninguna pista acerca de aquella niña; tiene la piel surcada por arrugas tan profundas como los pliegues de un fruncido, las mejillas hundidas, la barbi- lla prominente, el pelo recogido en un tenso moño gris, y sus ojos miran como lo hacen los ojos de una muñeca, con la extraña sensación de que se fijan en algo que no son ca- paces de ver.

—Si quiere pan reciente, habrá una nueva hornada dentro de quince minutos —le dice al recién llegado—. Este lleva aquí ya un par de horas.

—No, disculpe —responde Paul—, no quiero pan; de- seaba hablar con usted, hacerle un par de preguntas.

—¡Va usted perdido de barro!

—Sí, he tenido un problema con el coche cerca de aquí, en un camino, y ya ve cómo me he puesto.

—Espere a que saque unos periódicos, va a dejármelo usted todo hecho un desastre. Viene a hablar, no compra nada y me mancha el suelo de barro. Vaya negocio que hago con usted.

La señora Davies saca un montón de periódicos de detrás del mostrador y extiende sus hojas desplegadas por el piso formando un mosaico de noticias viejas y fo- tografías en blanco y negro. Cuando está agachada ape-

nas levanta medio metro del suelo. A Paul le llama la atención la forma en la que ha sido capaz de doblar el tronco, incluso que pueda mantenerse en esa incómoda postura. Se desplaza por la tienda y coloca las grandes hojas de papel con una agilidad de roedor, sin ahorrar ninguna energía.

—¿Preguntas? —dice sin terminar de incorporarse—. ¿De qué preguntas habla?

—Me llamo Paul Lancaster —contesta extendiéndole una tarjeta que la señora Davies no tiene intención de coger—, trabajo en la agencia Mortimer de seguros y estoy buscando a una persona que tal vez conozca.

—¿Mortimer? No conozco a ningún Mortimer. Hubo un Mariner, un tal Steve Mariner que vivió por aquí cuando yo era joven, pero era bastante mayor que yo, ya debe de estar enterrado. La verdad es que los de mi época ya están casi todos enterrados, es lo que tiene ser viejo. Este se dedicaba a la cría de caballos. El pobre Steve se comía mucho las uñas, se las mordía tanto que no le llegaban nunca a crecer y las puntas de los dedos se le transformaron en melones de carne, pero con los caballos era muy bueno, puedo asegurárselo, conseguía que se alzaran sobre las patas traseras y que saltaran, como si fueran personas, parecía que se quedaban suspendidos en el aire, con lo que pesan esos animales, y luego los hacía andar con la cabeza gacha dando elegantes pasos de desfile, no se imagina usted lo que me gustaba verlo...

—Mortimer es la agencia de seguros en la que trabajo, señora, está en Londres.

—Nunca voy a Londres. Dios bendito, no entiendo cómo puede vivir la gente ahí, con ese ruido insoportable, y con tantos coches, y todo tan grande. ¿Y dice que es usted policía?